



## **Libros decimonónicos. Relecturas y rescates desde la sensibilidad conservadora<sup>1</sup>**

*Nineteenth-century books. Rereadings and Recoveries from a Conservative Sensibility's Point of View*

**Andrea Castro**

**Kari Soriano Salkjelsvik**

“Libros decimonónicos. Relecturas y rescates desde la sensibilidad conservadora” se propone estudiar el papel del libro como objeto estético y cultural y cómo este respondió a los procesos de modernización en Latinoamérica y España durante el siglo XIX. Este dossier se planteó con dos objetivos. Por un lado, hemos querido desempolvar algunos libros que no entraron a formar parte ni del canon literario ni de los currículos educativos; libros que no se estudian hoy en día, quizás porque se escriben desde una sensibilidad conservadora, sensibilidad a la que se le ha prestado escasa atención desde el campo de los estudios culturales y literarios del siglo XIX. Por otro lado, hemos querido proporcionar nuevas perspectivas sobre libros que sí son parte del canon del siglo XIX hispanoamericano y español, pero esta vez prestando especial atención a posibles articulaciones de sensibilidades conservadoras.

Los artículos que aquí presentamos son producto de una invitación a que los autores pensaran el libro no solo como instrumento para el desarrollo de la formación del ciudadano bajo una impronta liberal, sino también a que reflexionaran sobre la relación entre la materialidad del objeto libro y sus condiciones de lectura. En la convocatoria planteamos las siguientes preguntas: ¿Se puede entender el libro como máquina productora de sensibilidades conservadoras? ¿De qué manera se transforma la lectura de una obra al modificarse su materialidad, por ejemplo, al ser transpuesta de las páginas de un periódico a las páginas de un libro, o al reunirse una obra dispersa en, por ejemplo, un álbum de visita o un libro de texto? ¿Cómo leemos cuando el libro se compone con materialidades distintas a lo textual, como la fotografía?

<sup>1</sup> Este dossier ha sido elaborado dentro del marco del proyecto “Conservative Sensibilities: Literary Imagination and the Press in 19th-century Latin America” financiado por el Consejo de ciencias sueco (*Vetenskapsrådet*).

La noción de “sensibilidades conservadoras”, como ya propusimos (Castro y Soriano Salkjelsvik 2021), pone la lupa sobre la expresión estética y cultural de valores conservadores y visualiza hábitos discursivos y maneras de sentir el conservadurismo. Así, el concepto de sensibilidades conservadoras nos sirve para examinar cómo estos se expresaban en la producción estética y cultural decimonónica, sea cual fuere la afiliación política del escritor o artista. Es también importante recordar que aquí la *sensibilidad* no se limita exclusivamente a lo emotivo, sino que quiere capturar una manera de entender el mundo, o una estructura de sentimiento (Williams 1977), que se resistía a los rápidos cambios políticos, sociales y culturales que iban llegando de mano de las reformas liberales que dominaron el siglo.

Ahora bien, escribir sobre sensibilidades conservadoras en el mundo hispano durante el siglo XIX no se puede reducir a una sola historia debido al gran área geográfica que esto cubre y a la multitud de tradiciones políticas, culturales y sociales que abarca. Aun así, y en términos muy generales, se podría hablar de tres etapas en el pensamiento político conservador del periodo. Antes de que aparecieran y/o se consolidaran los partidos conservadores a mediados del siglo XIX, hubo grupos sociales y políticos que lucharon por preservar algunos de los aspectos fundamentales del orden imperial y novohispano, como ciertas reglas tributarias o las estrechas relaciones políticas que había entre la Iglesia y el Estado. Como nos recuerda Robert Nisbet, si bien los términos *conservador* y *conservadurismo* no se comienzan a usar hasta los años 1830 (Nisbet, 16), el pensamiento tradicionalista y crítico del racionalismo ya era visible desde mediados del siglo XVIII. Durante la primera mitad del siglo XIX, los grupos conservadores no estaban necesariamente asociados en partidos políticos, pero una vez que empezó a dominar el orden político liberal y se pusieron en práctica las reformas definidas por las nuevas constituciones ligadas a esta ideología, se cimentó una oposición política más organizada. En un primer momento se articuló una política opuesta al liberalismo y aliada con los principios morales de la Iglesia católica. Esta oposición se iría transformando paulatinamente en un deseo de crear un proyecto social y político específico que contrarrestara las nuevas ideas de progreso y que pudiera optar al poder a través de elecciones. Las diferencias históricas y culturales entre los países que componen el mundo de habla hispana son demasiadas para presentarlas, aunque fuera someramente, en esta introducción. Pero a lo largo del siglo XIX se pueden identificar, desde un punto de vista social y cultural, ciertos valores y argumentos coherentes y duraderos que definen lo que venimos a llamar sensibilidades conservadoras. El valor de la religión, por ejemplo, es un

componente esencial en esta visión del mundo, pues se entiende que genera bienes morales y consolida el orden cívico. Otras preocupaciones conservadoras fueron la incompatibilidad percibida entre libertad e igualdad, la importancia de la tradición y de la experiencia histórica, el derecho a la propiedad privada y la importancia de la familia en establecer un vínculo entre propiedad privada, jerarquía y linaje<sup>2</sup>.

Desde un punto de vista conservador, el triunfo de la ideología ilustrada liberal traía consigo el desarraigo del ser humano de sus tradiciones, su moral y su hábitat social. Por ejemplo, la cuestión de la familia, en tanto una de las instituciones más importantes de la sociedad, fue discutida ampliamente tanto en la prensa como en las tertulias y otros tipos de reuniones. La creación de nuevos sistemas políticos liberales y republicanos vino acompañada de la necesidad de redefinir el papel de la familia en la sociedad, así como el de la mujer. El núcleo familiar suscitó gran interés debido a su potencial socializador. Tanto desde posiciones liberales como conservadoras, se consideraba que la familia era como un pequeño universo que reflejaba la organización institucional de la nación. Esta comparación trasciende la mera metáfora, pues dentro de la familia es donde se comienzan a construir las identidades sociales y políticas. Es más, para pensadores conservadores como Edmund Burke, Joseph de Maistre y Louis Gabriel Ambroise de Bonald, la familia debía reflejar el orden jerárquico divino. En ella se reconstruía una dinámica de poder preestablecida con el padre de familia a la cabeza y en la cual cada uno tenía su lugar ya asignado. Vinculando directamente la familia con sus teorías políticas, estos pensadores argumentaron que la familia era la unidad mínima de la sociedad, contenedora de las pasiones y sin la cual no había sociedad posible. Para Bonald, por ejemplo, la sociedad humana se componía de tres sociedades entrelazadas e interdependientes que se organizaban bajo los mismos principios y jerarquías: la pública (el Estado), la doméstica (la familia) y la religiosa (la Iglesia). Es más, el filósofo francés argumentaba en contra del individualismo que caracterizaba el pensamiento liberal y a favor de una visión orgánica de estos tres componentes, en donde “[t]he state does not and should not see man except in the family, because it only sees the family in the state. In the eyes of the state, there is no individual apart from a family” (sp.). De ahí que cualquier amenaza a la institución familiar supusiera una amenaza a la sociedad humana.

En este contexto, Dorde Cuardic y Gabriel Baltonado Román examinan la obra de uno de los intelectuales liberales más destacados del siglo XIX centroamericano, Máximo Soto Hall

---

<sup>2</sup> Para una breve introducción al pensamiento conservador ver el ya clásico libro de Robert Nisbet, *Conservadurismo*.

(1871–1943). Al estudiar una de sus obras más famosas, *El Problema* junto a una de sus más olvidadas, *De las coquetas*, Cuvardic y Baltonado Román revelan que el proyecto escritural de Soto Hall es más complejo que lo presentado por la crítica hasta ahora. Ambas obras fueron publicadas en el mismo año, 1899, pero si bien la novela distópica se inscribe en una ideología principalmente liberal, *De las coquetas* muestra sensibilidades conservadoras quizás inesperadas. La coqueta, esa mujer “enferma” de coquetería, se convierte en la obra de Soto Hall en una metáfora que, desde una sensibilidad conservadora, visualiza el peligro que conlleva la progresiva autonomía de la mujer, así como su inserción en la esfera pública. El argumento era, según la visión orgánica de la sociedad humana, que si la coqueta y sus deseos incontrolados ponían en peligro la familia, ponía entonces en peligro la sociedad.

Carolina Alzate analiza cartas, diarios y novelas escritos por las peruanas Agripina Samper de Ancízar (1831–1892) y su cuñada, Soledad Acosta de Samper (1833–1913) para mostrar su lucha por expresar sus posiciones ideológicas ante sucesos contemporáneos, y cómo la llevan a cabo a través del lenguaje de los afectos. El trabajo descubre sensibilidades liberales y conservadoras de hechura particular, dada la condición femenina de las autoras. En sus escritos, las mujeres reaccionaron de maneras diferentes ante la exclaustración de monjas en Colombia en 1863. Al explorar este tema, Alzate subraya en ambas la importancia del discurso económico liberal y su relación con la lucha por la autonomía de las mujeres. Por ejemplo, el relato analizado de Soledad Acosta, “La monja”, revela sensibilidades conservadoras que difieren del conservadurismo de los letrados del momento, al reivindicar el convento al que ingresa uno de sus personajes como espacio de libertad femenina ante el devastador proceso de desamortización que estaba teniendo lugar. Así, Alzate observa tensiones en el supuesto conservadurismo de esta autora, cuya obra propone la religión como fuerza educativa y moralizante de las mujeres. Por otro lado, Agripina, en unas cartas de fuerte impronta liberal y anticlerical, recurre al lenguaje de la razón y de la economía para defender la exclaustración, si bien muestra cierta compasión hacia las monjas como mujeres. Este artículo visualiza tensiones muy interesantes en las posiciones políticas de estas dos mujeres patricias, quienes, por su condición femenina, en tanto sujetos políticos quedaron relegadas a los márgenes de la nación.

Ante los grandes cambios culturales que trajo consigo la Ilustración, uno de los más debatidos fue la idea de que los individuos podían mejorar su condición social con la renovación de las instituciones y la personal modificando sus prácticas sociales

y culturales. Guiado por la razón y el progreso, el ser humano parecía no tener límites. Ante estos impulsos de cambio racional, los pensadores conservadores llamaron a la moderación, argumentando que las instituciones y constituciones políticas no se podían constituir a priori, bajo la sola guía de razón, pues el origen de estas era divino e inmutable. Como sostuvo Joseph de Maistre, solo la experiencia podría ser el origen de cualquier constitución. La naturaleza sacrosanta de la sociedad estaba regida por leyes divinas y no por un contrato social, pues era imposible que la gente se pusiera de acuerdo, por lo que siempre debía haber un ente superior que garantizara la validez y constancia del contrato. Para de Maistre, la voluntad de los humanos solo podía producir regulaciones, no leyes, acusando de “profound imbecility, as I say, of those poor people who imagine that men are real law-givers, that laws are made of paper and that nations can be constituted by ink” (37, énfasis en el original). Con este argumento y otros semejantes, la sensibilidad conservadora anclaba su visión de las instituciones, las relaciones sociales y la cultura de una sociedad en la tradición y sus costumbres ancestrales, resistiéndose a cambios demasiado bruscos e inesperados. Esto no significaba una resistencia absoluta al cambio, es más, para pensadores como Edmund Burke, el cambio podría incluso ser una manera de preservar la naturaleza de la sociedad: “We must all obey the great law of change, it is the most powerful law of nature, and the means perhaps of its preservation. All we can do, and that human wisdom can do, is to provide that the change shall proceed with insensible degrees” (25). No obstante, había cosas que no se cambiaban, simplemente porque eran reflejo del orden divino, por ejemplo, las jerarquías sociales, de edad y de sexo. En esta sociedad orgánica, cada uno tenía su sitio ya asignado por la naturaleza (divina).

En este contexto, el costumbrismo juega un papel central en visualizar a los diferentes tipos de la nación y su posición en la sociedad. El trabajo de Nicolás Sánchez Rodríguez ofrece una nueva lectura de los artículos de costumbres de José María Vergara y Vergara (1831–1872) desde una perspectiva económica, perspectiva de la que la literatura, como esfera autónoma basada en valores espirituales, se había querido desvincular. Sánchez Rodríguez arguye que el género del cuadro de costumbres se transforma en “vehículo predilecto para especular con las imágenes del cuerpo crediticio de la nación”, permitiendo así que los letrados criollos pudieran imaginar que administraban un “pueblo” cuyo valor, al igual que la producción literaria de la región, estaba constantemente en deuda con los modelos europeos. Al asignar un valor inferior a las poblaciones del país en comparación con los términos “Europa”, “blanco”, “tierras altas” o “civilizado”, el género contribuyó a crear un panorama de variedad humana en el ámbito crediticio, afirmando la excepcionalidad de los criollos como agentes de conocimiento y gobierno. Así

también se justificaba tanto el extractivismo como el fracaso de las promesas económicas y civilizadoras del estado-nación culpando a los trabajadores de cuerpos racializados.

El naturalismo, que mostraba la descomposición de la sociedad, también se veía como una afrenta al orden divino desde una sensibilidad conservadora. El trabajo de Miguel Herranz se introduce en la obra del español Eduardo López Bago (1855–1914), preguntándose por qué un autor de quince novelas y grandísimo éxito editorial en su época quedó excluido del canon. Al analizar sus obras *El periodista* (1884), *La prostituta* (1884), *La pálida* (1884) y *El cura* (1885), Herranz desenmascara cómo diferentes sensibilidades conservadoras a lo largo del tiempo han rechazado la temática y el estilo naturalistas, aduciendo a la falta de moral de estas obras. La incorporación de la mujer y su sexualidad, la criminalidad, así como la degeneración médica desde un punto de vista científico, y a menudo sórdido, fueron parte tanto del éxito de estas novelas como del rechazo por parte de los sectores más conservadores de la sociedad. Esto no es de extrañar, pues López Bago utilizaba la novela naturalista como herramienta ideológica liberal. No obstante, los desvíos y escándalos provocados por la escritura de López Bago fueron vistos como amorales y peligrosos para lectoras y lectores, por lo que su obra fue cayendo en el olvido.

Sobre otro escándalo escribe Wadda Ríos-Font, ofreciendo una lectura sorprendentemente nueva, y tal vez algo osada, de *El escándalo* (1875) de Pedro de Alarcón (1833–1891). Ríos-Font se detiene en el título y se pregunta, ¿qué era un ‘escándalo’ en tiempos de Alarcón? ¿Cuál es el escándalo al que se refiere el título? Haciendo un recorrido cultural, filológico y jurídico de la noción de escándalo, la lectura de Ríos-Font ilumina aspectos nunca estudiados, proponiendo entender la obra no tanto como novela de tesis sino como novela de conversión en la que el escándalo se refiere a las relaciones homosexuales del protagonista, invisibilizadas por lecturas anteriores. En *El escándalo* estas tendencias homoeróticas deberán ser canalizadas hacia el matrimonio heterosexual del personaje principal con la mujer-ángel Gabriela. Así, la novela se puede entender como “testimonio de un proceso cultural generalmente ignorado”, un momento histórico en el que se está dando un cambio en la forma de percibir la homosexualidad, sin que todavía haya un vocabulario literario para esta dentro del marco de lo decible.

Si el hogar es uno de los espacios centrales de sociabilidad moral y cristiana para la sensibilidad conservadora del siglo XIX, la escuela también irá ganando terreno como espacio de sociabilidad. En este ámbito, los manuales escolares tendrán una influencia fundamental en el moldeamiento de sensibilidades, pero

sus contextos editoriales no han sido todavía estudiados más que marginalmente. El trabajo de Pablo Martínez-Gramuglia aborda el importante proyecto editorial de Ángel Estrada (1877–1900) dentro del contexto de la introducción de la educación obligatoria en Argentina a finales del siglo XIX. Martínez-Gramuglia revela en el marco de consolidación del sistema educativo argentino, para el cual Estrada construyó su primer catálogo de libros escolares, sensibilidades conservadoras que privilegian la moral cristiana, si bien se amoldaban al currículo laico que, al menos en teoría, definía la escuela pública del periodo. Si bien su proyecto editorial satisfacía la demanda de productos escolares hasta entonces casi desconocidos, su rol como editor le permitió difundir los principios cristianos y moralizantes que guiaban sus sensibilidades conservadoras. El trabajo de Martínez-Gramuglia incluye una reconstrucción del catálogo de la editorial desde su fundación en 1877 hasta 1900, material que puede inspirar a nuevos trabajos sobre este campo.

La fotografía tuvo un papel novedoso y fundamental para la conformación de sensibilidades entre lo doméstico y lo público. El trabajo de Brendan Lanctot se detiene en un tipo de artefacto rara vez estudiado: el catálogo de un estudio fotográfico de Buenos Aires alrededor de 1880. Lo más llamativo de este objeto es que su primera página presenta, nada más y nada menos, que una miniatura de Juan Manuel de Rosas (1793–1877), quien había sido gobernador de Buenos Aires y líder de la Confederación Argentina entre 1829–1832 y 1835–1852, esta segunda vez instaurando un régimen autoritario y conservador durante el cual muchos letrados liberales se fueron al exilio. Lanctot reflexiona ante esta inclusión del caudillo en la memoria visual y colectiva de un momento en el que la historiografía hegemónica (liberal) de la época había hecho lo posible por excluirlo. Así, el trabajo muestra cómo una tecnología emergente que fundamentalmente fungía como instrumento de modernización y de consolidación del estado liberal, también servía para hacer visible aquello que ese mismo estado pretendía ocultar. Lanctot arguye que lo visual trabaja en lo que no se dice, pero se percibe con los sentidos para crear una idea organicista de la sociedad nacional en medio del fuerte impulso modernizador.

También hubo textos centrales cuya reedición creó nuevas lecturas y nuevas sensibilidades. Sergio Gutiérrez Negrón se adentra en la historia de las ediciones y las reediciones de la obra de uno de los escritores más importantes de la literatura mexicana: José Joaquín Fernández de Lizardi (1776–1827). En su artículo, Gutiérrez Negrón identifica “dos vidas” en la obra del mexicano. La primera, durante la vida del propio Lizardi en el virreinato tardío, cuando sus textos ejercieron una crítica moral de las malas costumbres de los habitantes de la Nueva España y promovieron la inculcación del deber cívico en la población. Esto

formaba parte de un proyecto republicano mayor. Estos lineamientos harían eco en los 1830 con las sensibilidades de la nueva articulación política de los grupos moderados y conservadores. Fue entonces cuando tuvo lugar la “segunda vida” de la obra de Lizardi, adaptándose al nuevo contexto político y creando una coincidencia ideológica entre las posturas y sensibilidades de Lizardi y el gobierno de Lucas Alamán y Anastasio Bustamante. Para Gutiérrez Negrón, la obra reeditada de Lizardi no solo constituyó un mero antecedente histórico-literario para la nueva generación de ciudadanos y letrados nacionales de los 30, sino que también se mostró sorprendentemente relevante en el contexto de la política represiva y antipopular de ese momento y la prensa militante que la acompañaba.

José Ramón Ruisánchez Serra también explora la historia literaria y analiza el momento en que la narrativa mexicana se adentra en el Realismo. En su estudio de *La guerra de treinta años* (1850) de Fernando Orozco y Berra, y *Historia de México* (1849) de Lucas Alamán, identifica héroes reales y ficticios imbuidos en un profundo escepticismo e innumerables derrotas que hay que leer en el contexto del desastre de la Guerra de 1847. Aunque estos libros pertenecen a géneros diferentes, siendo el primero una novela y el segundo una historia de México, ambos comparten un principio narrativo de acumulación de ‘materiales’: en Alamán, personajes históricos, eventos y anécdotas, y en Orozco y Berra, mujeres. A través de su análisis comparativo de estas extensas obras, Ruisánchez Serra revela irónicamente que es Alamán, el historiador, quien logra escribir el tono serio (Moretti) que sentará las bases para la novela realista, algo que el novelista Orozco y Berra no logra alcanzar.

Sandra Gasparini aborda una relectura de un folletín canónico de la década del 1880 argentina, *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López (1848–1894), desde las sensibilidades conservadoras. El trabajo muestra cómo se da un desplazamiento de las sociabilidades tradicionales a una crítica “de las nuevas afectividades marcadas por las alianzas de ascenso”. La relación con el dinero (o se desprecia o se despilfarra espectacularmente), las bibliotecas personales (los tipos de libros que estas contienen), así como el comportamiento de las mujeres, son modos de identificar al y a la arribista y al *rastaquouère*, personajes que alteran el orden social ‘natural.’ Gasparini muestra cómo la novela le da forma estética a la nostalgia xenófoba por un mundo que empieza a desaparecer en el aluvión inmigratorio y las nuevas formas de habitar los espacios domésticos y públicos, una nostalgia por el mundo austero, sencillo y, desde una sensibilidad conservadora, ‘natural’ del patriciado.



Los trabajos presentados en este dossier son prueba de la productividad que aporta una aproximación a los estudios literarios y culturales del siglo XIX desde las sensibilidades conservadoras. Cada uno de ellos ofrece una perspectiva novedosa y, juntos, aportan espesor a nuestro entendimiento cultural e histórico de cómo la cultura ha pensado las sociedades decimonónicas del mundo hispánico. Además, nos invitan a volcar la mirada hacia la producción literaria y cultural de nuestro propio tiempo. En un momento en el que las ideologías conservadoras ganan terreno, es relevante preguntarnos qué formas estéticas estas vienen tomando en ámbito literario y cultural. Es nuestro deseo que este dossier inspire a plantear nuevas preguntas y abra nuevos caminos para el estudio de las literaturas y las culturas hispánicas.

### **Bibliografía**

Bonald, Louis Gabriel Ambroise de. *On the Agricultural Family, the Industrial Family, and the Right of Primogeniture*, trans. Christopher Blum, 2020 [1926]. <https://hearthandfield.com/on-the-agricultural-family-the-industrial-family-and-the-right-of-primogeniture/>

Burke, Edmund. *A letter from the Right Hon. Edmund Burke, M.P. in the Kingdom of Great Britain: to Sir Hercules Langrishe, Bart. M.P. on the subject of Roman Catholics of Ireland and the Propriety of Admitting Them to the Elective Franchise Consistently with the Principles of the Constitution as Established at the Revolution*. Dublin, P. Byrne, 1792.

Castro, Andrea y Kari Soriano Salkjelsvik. “El siglo XIX desde la sensibilidad conservadora: nuevas perspectivas”. *Sensibilidades conservadoras: El debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el siglo XIX*. Kari Soriano Salkjelsvik (ed.), Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2021, pp. 11–40.

Maistre, Joseph de. “Essay on the Generative Principle of Political Constitutions and of Other Human Institutions”. *Conservatism. An Anthology of Social and Political Thought from David Hume to the Present*. Jerry Z. Muller (ed.), Princeton, Princeton UP, 1997, pp. 136-145.

Nisbet, Robert. *Conservadurismo*, trad. Diana Goldberg Mayo. Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Williams, Raymond. *Marxism and Literature*. Oxford y Nueva York, Oxford UP, 1977.